

1

Siri estaba muy pendiente de la hora, concentrado en cada segundo que pasaba. Mientras miraba el despertador que había en el suelo, al lado del colchón, el minuterero marcó las 10.54. Se había puesto celoso cuando a su hermana, al principio de estar enferma, le habían regalado aquel reloj con un príncipe y una princesa rubios y vestidos de colorines pintados delante. Su madre, Napa, lo había comprado unos días antes en un puesto del mercado y le había dicho:

—Esto animará a tu hermana; a lo mejor incluso se recupera.

Él hizo que sí con gusto, pero aunque entendía que su hermana no se encontraba bien, no veía

cómo un reloj podía hacer que se sintiera mejor. Ahora ya no estaba celoso; sólo quería que las agujas del reloj fueran más rápido. Eran las once menos seis y su madre todavía no estaba en casa. Había dicho que volvería antes del mediodía. Todavía faltaba una hora entera; una vida entera.

Napa le había dicho que iba al hospital a buscar a un médico o una enfermera que pudieran ayudarla. Les había llamado un par de días antes y le habían dicho que llevara allí a la chica para que pudieran examinarla bien y tratarla. Pero era imposible; ella no tenía tiempo y Pi Nit apenas podía moverse de la cama. Al principio había pensado que se trataba de una simple «gripe» y que en unos días su hija se pondría bien. Pero había empeorado muy deprisa. Se había quejado toda la noche y antes de que saliera el sol le había subido la fiebre; era evidente que se encontraba muy mal. El paracetamol no le estaba haciendo efecto.

Vivían los tres en una choza de madera con el tejado de chapa ondulada, en un callejón estrecho de la zona del puerto. Su padre, borracho y jugador, les había dejado al poco de nacer Siri y había vuelto al norte, sin dar ninguna explicación. No habían tenido noticias suyas desde entonces. Se sabía que debía dinero a la mafia local; quizás por eso se había ido de aquel modo tan apresurado y les había abandonado a su suerte. No tenían más familiares. Los vecinos siempre habían sido amables con ellos y les habían ayudado, pero justo ese día —un miércoles— todo el mundo estaba en el trabajo, ganándose la vida en la ciudad. Napa también debería haber ido. Era mujer de la limpieza en uno de los grandes hoteles del centro. Pero cuando les había explicado la situación, sus jefes habían sido comprensivos y le habían concedido un día libre por asuntos familiares. Como era abril y en la escuela hacían las vacaciones de la temporada seca, tenía a Siri allí para ayudarla.

—Qué suerte que estés en casa hoy. No sé qué habría hecho sin ti —dijo su madre—. Ve pasándole una toalla húmeda mientras estoy fuera, que no le suba la fiebre. Cuida bien de ella.

Parecía desesperada. Era pedirle mucho a un niño de diez años. No quería dejarlo solo con su hermana, pero no tenía otra opción.

Eran las once menos seis. Siri rezaba para que su madre volviera antes de tiempo y trajera a un médico con algún medicamento para curar a Pi Nit. El término específico que utilizaban para la enfermedad que padecía era «fiebre hemorrágica». Años más tarde, estudiando inglés, supo que se llamaba «fiebre hemorrágica del dengue». Mucha gente la padeció tras las inundaciones que azotaron Bangkok. Los charcos de agua que quedaban eran un caldo de cultivo perfecto para los mosquitos porta-

dores de la enfermedad, especialmente en los suburbios donde vivían.

Por la pequeña ventana del salón, cruzando el aire, entró la voz familiar del pájaro de Minah, su vecina, fingiendo que estaba enfadado.

—¡Maldita sea! —gritó.

Cuando lo trajeron a casa por primera vez dentro de una caja de madera, todos los vecinos del callejón se reían al oír al pequeño pájaro, con su pico amarillo y brillante, pronunciar esas palabras con tanta convicción y emoción:

—¡Desgraciado!

Parecía imposible que lograra hablar como un humano. El pájaro estaba encantado con las carcajadas que provocaba su espectáculo, y no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro y

de saltar, dando vueltas a la jaula cada vez que recibía su merecido aplauso. Pero una vez pasada la novedad, la gente dejó de prestar atención a sus groserías. En realidad, en menos de un año, nadie que no fuera un extraño que pasaba por el callejón le hacía caso.

Sin embargo, esa mañana Siri debió de oír las palabras del pájaro alto y claro, como si fuera la primera vez, porque en aquel momento Pi Nit abrió los ojos y fue como si al verle tan risueño, dejara de sufrir. Luego volvió a cerrarlos. El grito del pájaro reflejaba perfectamente los sentimientos de Siri. Él también quería refunfuñar y maldecir su suerte, pero de verdad.

Pi Nit tenía trece años, tres más que él, y como su madre se levantaba muy pronto por las mañanas y llegaba a casa mucho después de que los niños hubieran vuelto del colegio, ella era como una segunda madre para Siri. Solía lle-

varlo a la escuela y cuando llegaban a casa en autobús, se ocupaba de hacerle la cena; solía comprar algún plato preparado en el puesto de comida de la esquina del callejón y lo acompañaba con un poco de arroz que hervía dentro de un cazo en la estufa de la pequeña cocina. Luego, acostumbraban a mirar la televisión mientras hacían los deberes y esperaban a que regresara su madre. Lo hacían todo juntos e incluso dormían en el mismo colchón, debajo de la mosquitera. Sus vidas estaban tan íntimamente entrelazadas que eran como una sola. No había nadie en el mundo a quien Siri quisiera más que a su hermana. Dependía de ella para todo. No tenía palabras para expresar cuánto le angustiaba verla ahora tan enferma. Simplemente, estaba destrozado.

En menos de una semana a Pi Nit se le habían enflaquecido las mejillas y su piel, de un color tostado, estaba ahora llena de manchas rojas.

Las miraba de cerca mientras le pasaba por la cara una toalla que acababa de mojar en un bol de cristal. Sangraba por dentro, por debajo de la piel. Procuró apartarle con cuidado los mechones de pelo de los ojos. Mientras lo hacía, ella se dio la vuelta y arrugó la frente un momento, como si le doliera.

Siri estaba asustado y al mismo tiempo enfadado. Nunca había estado tan cerca físicamente de alguien tan enfermo y sintió la fiebre como un viento caliente, malévolo y feroz, que no podía esquivar. Y el hecho de que fuera su hermana quien sufría y de no poder hacer nada para ayudarla le desesperaba más todavía.

Pi Nit estaba empapada en sudor y le temblaba todo el cuerpo. Siri cogió la colcha de algodón que le tapaba las piernas y sintió su textura, suave y reconfortante, entre el índice y el pulgar. Se dio cuenta de que nunca se había fijado

en el tacto de la colcha antes de esa mañana, ni en el estampado de flores amarillas y púrpuras que tenía bordado y que ahora saltaba a la vista. Sujetó la colcha un momento sin saber si tirar de ella hasta taparle los hombros o sacársela de encima.

De vez en cuando Pi Nit soltaba un suspiro. Eran distintos a los horribles gemidos que habían llenado la habitación durante toda la noche. Siri rogaba para que aquello fuera una señal de mejoría. En los intervalos de esos suaves lamentos —que a él le parecían más animales que humanos— aquella pequeña habitación se llenaba de una quietud y un silencio que eran como un zumbido tan profundo y vibrante que daba escalofríos, transformando todo el espacio y dándole un aire fantasmagórico.

Durante un segundo Siri miró a su alrededor preguntándose si aquella era la misma habita-

ción de siempre o si había sido transportado a otro lugar. Levantó la vista hacia la mosquitera que colgaba enrollada encima del colchón y, entonces, se giró hacia la pequeña cómoda de la esquina donde guardaban la ropa y las cuatro cosas que tenían, y se percató de que el último cajón estaba mal cerrado. La manga azul de una camiseta se asomaba colgando como un brazo perezoso. Luego fijó la vista en el brillante y desgastado linóleo que cubría el suelo, cuyas formas geométricas y dibujos se fundían los unos con los otros.

En la pared de al lado de la puerta había un dibujo que Pi Nit había hecho en clase unas semanas atrás. Representaba un loto flotando solo en un estanque, con una gema roja y reluciente que brillaba en su interior. Había ganado un premio por el dibujo y había podido llevárselo a casa. A Siri le pareció un poco raro la primera vez que lo vio, pero no quiso quedar

como un torpe preguntándole a su hermana cuál era su significado. Lo único que ella dijo mientras lo pegaba en la pared fue:

—¿Te gusta?

Él dijo que sí y a ella le hizo gracia, porque sabía que su hermano prefería dibujar soldados. Ahora Siri no podía dejar de mirarlo, especialmente la joya que había en el corazón de la flor. Parecía como si, poco a poco, el dibujo cobrara vida —los pétalos se veían brillantes y reales, y la luz de la gema era radiante—, y sintió como si lo abdujera.

En aquel momento su hermana se movió de nuevo y le hizo una señal con la mano. Siri se recuperó enseguida de su estado de trance.

—¿Qué pasa Pi Nit? ¿Qué necesitas? ¿Te encuentras mal? ¿Tienes sed? ¿Quieres beber algo?

Pi Nit le respondió asintiendo ligeramente con la cabeza. Siri vertió un poco de agua de una botella de plástico dentro de una taza de hojalata. Dudó de nuevo si debía ayudarla a sentarse para que pudiera beber o acercarle la taza a los labios de modo que pudiera dar un sorbo sin moverse. Decidió que sería mejor ayudarla a levantarse, así que le pasó la mano por detrás de los hombros. Mientras lo hacía pudo notar, a través de la blusa que llevaba puesta, la humedad de su cuerpo y la delgadez de su espalda. También se dio cuenta de que no estaba cómoda, así que retiró el brazo, le sostuvo el cuello con la mano derecha y le movió la cabeza con mucha suavidad. Pi Nit dio un pequeño sorbo, y luego, lo apartó con la mano y se dejó caer encima de la almohada. Al momento, empezó a temblar sin control, como si algún espíritu hubiera poseído su cuerpo, y se zarandeó con fuerza de un lado al otro. Siri, sin saber qué hacer, entro en pánico. Se levantó de un brinco y

corrió hacia la puerta, cruzó el salón, abrió la puerta de la choza y miró a lado y lado del callejón. Quería gritar para pedir ayuda, pero sabía que no tenía ningún sentido puesto que no había nadie. Cerró la puerta de nuevo y volvió a la habitación, donde Pi Nit estaba tumbada ahora a lo ancho del colchón. Se había quitado de encima la colcha de algodón. Ya no veía ningún movimiento, excepto su pecho que subía y bajaba con cada ciclo de la respiración. Siri preparó otra toalla húmeda, se sentó a su lado, y se inclinó para secarle la frente. No estaba seguro de nada de lo que hacía y el corazón le latía tan fuerte que casi podía sentirlo dentro del pecho. Pero ya no sentía pánico, sino una especie de presentimiento. Justo cuando iba a preguntarle cómo se encontraba, ella levantó la mano tocándole ligeramente la muñeca con los dedos e hizo que no con la cabeza, despacio. Siri pensó que de ese modo le decía que ya no necesitaba su ayuda. Mientras lo soltaba y

bajaba la mano débilmente, abrió los ojos y lo miró fijamente. No era una mirada de angustia, como esperaba, sino dulce y sosegada. Era una expresión que no había visto nunca, ni en su hermana ni en nadie más, y que le hacía sentir reconfortado por una paz interior, como si ella lo meciera con su amor. Entonces, Pi Nit volvió la mirada hacia la izquierda, por encima de su hombro, hacia el fondo de la habitación, más allá. Parecía que todo su rostro se transformaba. Tenía el gesto relajado y tranquilo, y una sonrisa generosa empezó a dibujarse alrededor de su boca. Siri se giró para ver qué era lo que le provocaba aquella serenidad. Por un breve instante percibió algo. Años más tarde, intentando explicar aquello, dijo que fue como captar fugazmente una sombra, sólo que la sombra era luz. Cuando se dio la vuelta, Pi Nit tenía los ojos cerrados y el rostro inexpresivo. Instintivamente, supo que su hermana había dejado de sufrir. Miró el reloj. Aún marcaba las 10.54.